

*Este artículo – ensayo ocupó el primer puesto (compartido)
en el VIII Encuentro Nacional y III Encuentro Latinoamericano
de Ensayo Contable*

*Realizado por el Departamento de Ciencias Contables
de la Universidad de Antioquia*



Ardila-Cuiza, S. (2019). La soledad del Contador Público: una aproximación reflexiva y vivencial desde el miedo y el agotamiento. *Contaduría Universidad de Antioquia*, 75, 183-199.
Doi: <https://doi.org/10.17533/udea.rc.n75a08>

La soledad del Contador Público: una aproximación reflexiva y vivencial desde el miedo y el agotamiento

Santiago Ardila-Cuiza

sardilac@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Orcid: 0000-0003-3971-197X

La soledad del Contador Público: una aproximación reflexiva y vivencial desde el miedo y el agotamiento

Resumen: Este ensayo da unos trazos de cómo el contador público, siendo parte de la lógica racional instrumental del capitalismo, termina envuelto en un régimen de soledad y aislamiento. Se pretendió este fin a partir del desarrollo reflexivo de las categorías de miedo, individualismo y cansancio, las cuales fueron abordadas de manera crítica a partir de vivencias propias como estudiante y trabajador del campo contable. Se subraya que no solo el contador es un explotado/explotador dentro del régimen, sino que también propaga que otros sean explotados/explotadores de sí mismos. La categoría de «miedo» desemboca en competencia, y el individualismo en «agotamiento», lo que llevará a la mínima socialización del ser humano a partir de la máxima socialización del trabajo. Concluyo con una invitación a no permanecer dócilmente en la lógica individualista y solitaria fruto de las relaciones sociales del capitalismo, sino a buscar la libertad a partir de la fraternidad.

Palabras clave: Contaduría pública, soledad, individualismo, miedo, agotamiento

The loneliness of the Public Accountant: a reflective experiential approximation from fear and exhaustion

Abstract: This essay outlines how the public accountant, being part of the instrumental rational logic of capitalism, ends up involved in a regime of loneliness and isolation. This aim was pursued from the reflective development of the fear, individualism and exhaustion categories, which were approached in a critical manner from own experiences as student and worker in the accounting field. It is highlighted that the accountant not only is exploited/exploiter within the regime, but also helps others to be exploited/self-exploiters. The «fear» category discharges into competence, and individualism into «exhaustion», which will lead to the minimum socialization of the human being from the maximum socialization of work. I conclude with an invitation not to remain docile in the individualist and lonely logic resulting from the social relations of capitalism, but to seek freedom from fraternity.

Keywords: Public accounting, loneliness, individualism, fear, exhaustion

La solitude de l'Expert-comptable : une approche réflexive et existentielle sous la perspective de la peur et de l'épuisement

Résumé: Cet essai évoque comment l'expert-comptable, en faisant partie de la logique rationnelle instrumentale du capitalisme, fini par être enveloppé par un régime de solitude et d'isolement. Il est né du développement réflexif des catégories de la peur, l'individualisme et l'épuisement. Celles-ci ont été traitées d'une façon critique basé sur les expériences vécues en tant qu'étudiant et professionnel du domaine comptable. Il est ici souligné que l'expert-comptable est non seulement un exploité/exploiteur du régime, mais il propage le fait que d'autres soient exploités/exploiteurs d'eux mêmes. La catégorie de la « peur » débouche en concurrence et l'individualisme en « épuisement », ce qui conduit à une socialisation de l'être humain réduite au minimum à partir de la socialisation au maximum du travail. Ce travail conclut donc avec une invitation à ne pas rester tranquillement dans la logique individualiste et solitaire résultant des rapports sociaux du capitalisme et à chercher la liberté basé sur la fraternité.

Mots-clés: comptabilité, solitude, individualisme, peur, épuisement

A solidão do Contador: Uma aproximação reflexiva e vivencial desde o medo e a exaustão

Resumo: Este ensaio esboça como o contador, sendo parte da lógica racional instrumental do capitalismo, acaba envolvido em um regime de solidão e afastamento. Se estabeleceu este objetivo mediante o desenvolvimento reflexivo das categorias de medo, individualismo y cansaço, as quais foram abordadas de uma maneira crítica a partir de vivências próprias como estudante e trabalhador do campo contábil. Esclarece-se que não só o contador é um assediado/assediador de si próprio. A categoria de “medo” desemboca em competição, e o individualismo em “exaustão”, o que evidenciará uma mínima socialização do ser humano a partir da máxima socialização do trabalho. Finaliza-se com um convite a não ficar docilmente na lógica individualista e solitária como resultado das relações sociais do capitalismo, mas a procurar a liberdade a partir da fraternidade.

Palavras chave: Contabilidade, solidão, individualismo, medo, exaustão

La soledad del Contador Público: una aproximación reflexiva y vivencial desde el miedo y el agotamiento

Santiago Ardila-Cuiza.

Doi: <https://doi.org/10.17533/udea.rc.n75a08>

Primera versión recibida en junio de 2019 - Versión final aceptada en octubre de 2019

*“Hoy todo, tanto en las ideas como en las cosas,
En la sociedad como en el individuo,
Se halla en estado de crepúsculo.
¿De qué índole es ese crepúsculo, qué lo seguirá?”*

Victor Hugo, Les chants du crépuscule

I. Introducción

En algún momento trabajé como auxiliar de auditoría y en ese entonces escuché decir a un compañero, después de haber trasnochado y dedicado esfuerzo a algún papel de trabajo, que si no se exigía y trabajaba en ese momento ¿entonces cuándo lo haría? pues estaba joven y tenía las fuerzas para hacerlo. Se me reveló un primer momento importante en la profesión: de joven hay que quemar la vida. De inmediato, mi jefe directo contestó que sí, que tocaba porque en la madurez ya no hay fuerzas para mantener el mismo ritmo. Ese fue un segundo momento: durante la adultez hay que conservarse. Entonces el gerente general responde que ya de viejo la vida es una constante espera, que el tiempo pasa muy lento. Un tercer momento se revela: de viejo hay que ver cómo matar el tiempo. Esta situación me generó dos preocupaciones: primera, me sorprendió que nadie hablara simplemente de que la vida hay que vivirla, y que, peor aún, nadie sugiriera que ese ritmo de vida acercaba rápidamente a la muerte. La conversación me reveló lo reacios que somos a disfrutar la vida, que esta hay que ganársela, aunque ya la tengamos. Me pareció que hay un miedo a vivir y que la preocupación está en el derrumbe de un horizonte que hemos construido –¿o nos han impuesto?–.

Esa construcción/imposición está basada en una igualdad, libertad y estabilidad particulares. Por ello, los miedos de la vida moderna son el desempleo, la precariedad económica, la no disposición de bienes provenientes de necesidades –artificiales-, el no ser (o parecer) de la élite, el no existir en los medios y ser invisibles en redes sociales. Temores construidos y manipulados por un sistema que termina alejándonos unos de otros, trayendo consigo una cantidad de patologías y enfermedades. Es lo que somos, seres humanos creados en serie con un individualismo atroz que nos hizo solitarios, subyugados y enfermos. Ciertamente eso es lo que crea el miedo: soledad. Miedo que bien nos podría inducir a evolucionar, pero cuando está siempre presente, como lo está en nuestra era, se vuelve paralizante e invasivo y llega a detener todo tipo de actividad, incluso a modificar hábitos.

Con el miedo nos volvimos poco permisivos en nuestros actos y perdimos la espontaneidad por querer evitar un escenario que nos exponga a enfrentarlo, cuestión que nos lleva a competir, a ser individualistas, a ser solitarios, e incluso a una pernicioso autoexplotación. Es un miedo que finalmente puede ser usado como herramienta, como dispositivo para controlar. El control derivado del miedo ya no es tan directo y físico como hace un tiempo, ya no es llanamente disciplinar o soberano, ahora es algo más sutil, más caricaturesco y alegre, lleno de incentivos y premios. Mi compañero recibía palmadas en la espalda por ser un muy buen trabajador, uno muy eficiente. Por lo pronto, él no vería en su escenario más próximo ni el desempleo, ni la precariedad económica o el no ser parte de algo. Tal vez yo también tendría que empezar a trasnochar.

Eso me lleva a la segunda preocupación: el individualismo y el subsecuente agotamiento y pérdida de salud se volvieron admirables. Pareciera que ya no se admira el llegar a un estado de seguridad, tranquilidad, bienestar y buen vivir en general, se admira un proceso de desgaste físico y mental. Lo admirable no es que las personas mantengan su salud y vivan relativamente sin estrés, lo admirable es que consuman esa salud y bienestar. No es admirable vivir la vida, sino consumirla. Las ojeras, el almorzar a deshoras, el estar famélicos, la palidez, el dormir rendidos sobre el escritorio y todo tipo de vejámenes son santificados como muestra de esfuerzo y no como consecuencia de una labor agotadora. El descanso evoluciona y lo tomamos como culpa hacia uno mismo, el trabajo se convirtió en el objetivo, en trabajar por el mismo trabajo. Todos alrededor de mi compañero éramos conscientes de lo que veíamos, no era la primera vez que lo hacía, no era el único que lo hacía y, ciertamente, no era el único escenario en el que se veía esta práctica. Él, todos los demás y yo, hacemos parte de esa sociedad fetichista con el esfuerzo y con la degradación mental y corporal (Berardi, 2003). ¿Cuál sería mi siguiente paso? En la confianza construida con mi jefe, me había confesado un malestar por la falta de rendimiento y eficiencia de los demás auxiliares. El agotado cuerpo de mi

compañero era señal para mí y los demás de que debíamos tomar cartas en el asunto. Mientras tanto, mis problemas cardíacos me pedían un descanso.

En esos tres momentos que alcancé a vivir, la actividad productiva y eficiente había fragmentado el tiempo de vida y hecho de la sociedad un aglomerado de miedo e inseguridad: el trabajar extenuantemente desde joven, el ser productivo en la madurez y el poder tener estabilidad para la contemplación terminan generando una autoexplotación con miras a evitar enfrentar esos miedos.

Pretendo, a partir de esos dos elementos -el miedo y el agotamiento-, aproximarme a la soledad del contador público y presentarla como un problema que nos golpea especialmente a nosotros, estudiantes y profesionales de la contabilidad, por ser parte de la lógica racional instrumental del capitalismo (Gómez, 2006). Por ello, la estructura del ensayo es como sigue: aparte de la presente introducción, en la siguiente parte desarrollo un poco más estos dos elementos, explorando de manera crítica la cuestión contable desde mi papel de estudiante y trabajador del campo; posteriormente, aúno esto explicando la existencia de una mínima socialización del ser humano y el papel de la profesión contable en ello; y como conclusión, extiendo una invitación a no permanecer dócilmente en la lógica individualista del capitalismo, sino a una real libertad en comunión.

II. Sobre el miedo

En la lenta sucesión del día a día, el estudiante/trabajador se desenvuelve con soltura en el desazonado medio de transporte público de la ciudad. Nos enfrentamos con pericia y presteza al trancón al subir a la estación, también al de la subida al bus, al del avance del bus, al de la parada en la estación y al de la salida de la estación. Siempre con los ojos inyectados en sangre, con sueño y claramente prensados, pues levantarse media hora antes no sirvió para combatir la presión de las masas. Nos acompaña un constante pensamiento que a mí me lo sintetizó un buen amigo contador: *nada como adquirir una deuda para encontrar el valor del trabajo*. Lamentablemente, la deuda en la vida moderna implica una anulación de la libertad (Lazzarato, 2013). La falta de dinero es la excusa que presentamos cuando no podemos actuar con libertad: no salgo porque no tengo dinero, no como esto porque no tengo dinero, no me compro un libro porque no tengo dinero. Las deudas presentes y las que pensamos potenciales nos impiden actuar con libertad. La restricción del actuar es el primer aviso y llamamiento para salir del aburrimiento de la existencia (Heidegger, 2007). No todo resulta ser culpa de la deuda, pero sin duda el dinero es la condición por excelencia que nos limita la actuación en la sociedad.

Confundimos el actuar con ser activo (Chul-Han, 2017a). Con cada actividad que hacemos creemos que estamos superando esa restricción de movimiento

que Heidegger llamó aburrimiento profundo¹. Antes que nada, el aburrimiento es un estancamiento del ente, de la persona, una falta de fundamentación inmunda hacia lo que hacemos, un sin sentido de la existencia. Es la inmersión en el absurdo de Roquentin (Sartre, 2003), es la extirpación de cualquier pasión o voluntad del hombre (Camus, 2007)². Por ello, siempre estamos buscando movernos, darle un sentido a la vida, avanzar, buscamos ser a partir de la actuación. Así, construimos escenarios que nos mantienen moviéndonos de una actividad a otra, construimos un horizonte que nos obliga a actuar: familia, realización, trabajo, sociedad³. El miedo surge cuando ese horizonte se derrumba, cuando la institución de la familia se ve amenazada, cuando el futuro es incierto, cuando la estabilidad económica se trunca o lo que nos hacía sociedad se debilita. La doxa de nuestra época lo materializa en expresiones como “aún queda mucho por hacer”, “el punto crítico de mi vida”, “otro día, la misma vaina”, “ganarse la vida” o “que sea lo que Dios quiera”.

Realizamos actividades que precisamente no refuerzan ese carácter de actuar del que habla Heidegger, no acentuamos el actuar con sentido, sino que cada actividad le va quitando significado a la anterior⁴. El capitalismo⁵,

-
- 1 Byung Chul Han, en varios de sus escritos y con una perspectiva muy original, refiere varias obras de Martin Heidegger para la construcción de algunos de sus marcos explicativos. En su libro *La expulsión de lo distinto* (Chul-Han, 2017a) desarrolla la categoría de «Miedo» a partir de Heidegger y su libro *El ser y el tiempo*. Personalmente, para la estructuración de esta muy sencilla interpretación del «Miedo», también me basé en Heidegger, aunque un poco antes de haber abordado la obra de Chul-Han y a partir del libro *Los conceptos fundamentales de la metafísica*. La diferencia radica en que para Chul-han el miedo es la característica «inmunológica» por la cual la sociedad decide actuar contra lo distinto, contra el otro, tomando otra categoría de Heidegger que es el «Dasein».
 - 2 Albert Camus plantea su personaje alejado de todas las cosas mundanas, reflejando al personaje con todas las personas: cree que todos son como él y él es como todos. Una cuestión acusatoria e individualista de unicidad y existencia, de dualidad y cinismo. Al final, invita a hacerse cargo de la propia existencia.
 - 3 Una autora que trabaja esto es Hannah Arendt en su concepción de la *vita activa*, en el sentido de una genuina acción transformadora del mundo, una acción que va cargada de sentido (Arendt, 2005).
 - 4 Lo más cercano a esto lo tenemos con ciertos bienes de lujo. Algunas personas suelen encontrar refugio en la compra precipitada de bienes y servicios, siendo la tecnología la más relevante. Cambiamos de celular cada tanto en búsqueda de un sentido material de la vida. Entre más tengo más reconocido seré. Ciertamente esta lógica es aplicable a muchas otras materias, como la ideología y las causas; por ejemplo, las masacres que azotaron algunos países en 2017: un día la sociedad se conmovió por una de ellas y creo el hashtag #PrayForParis y al otro día por Boston con el #PrayForBoston, hasta que ya no tuvo impacto y se dejó de usar. Con esa simpleza el estar activos va quitando sentido a cada actividad subsecuente.
 - 5 Aquí pienso particularmente en el neoliberalismo, siendo la fase actual del capitalismo que propende por una creciente importancia de lo financiero desde lo productivo, político e ideológico (Chiapello, 2017)but fairly little enlargement of the geographical spaces concerned. Three

paradójicamente, ha impulsado una cultura de lo inmediato que no permite tener la estabilidad que pregona, lo que implica un derrumbe de ese horizonte de estabilidad y, cuando esto sucede, crea miedo y este se profundiza y expande. Nada deja tan perplejo, iracundo e intimidado como el hecho de ver contradicho y desmontado aquello en lo que más creemos, lo que rige nuestra vida (Camus, 2007). Así, las instituciones morales, que antes nos guiaban en el actuar con sentido, terminan debilitadas y removidas (Illouz, 2012; Jaramillo, 1998).

El miedo expandido responde a la cotidianidad y, por ende, se hace habitual, aceptado y vivido por todos. Pero, como mencioné más arriba, el miedo generado por la fragmentación del tiempo de vida también es afectado por el capitalismo, el cual individualiza al hombre convirtiéndolo en un aislado empresario de sí mismo (Chul-Han, 2014; Quintero, 2017), y genera que el actuar ya no sea un particular para orientar la vida desde el interior de sí mismo, sino uno para registrar las señales de los demás. La noción de qué es lo que los demás creen de mí y yo qué creo del otro, pasa a ser un germen de miedo colectivo (Bude, 2014). La significancia que ponemos en la sensación de desventaja en comparación al otro es lo que nos termina agobiando y perturbando.

Como estudiante de contaduría pública noté que la universidad está permeada de ese miedo y competitividad hasta la médula. Otros cercanos se han encargado de retratar la urgencia de esto (véase por ejemplo el trabajo de Villegas, 2017). Sin embargo, no fui un sujeto pasivo de ello, fui más bien activo⁶. Durante muchos semestres, mis compañeros y yo fuimos víctimas de esa competitividad que nos vuelve temerosos del resultado, de la nota y de la mano levantada. Veíamos cómo el lento y azaroso ascenso de algunos compañeros, con mejores notas, con mejores resultados, con más ponencias escritas, con más opiniones dadas, con más palabras arqueadas, se volvía parte de nosotros, adquiríamos una mirada de recelo contra ese otro y empezábamos a observar con lupa odiosa los resultados ajenos.

El miedo a la desventaja ha hecho que nos volvámos exactamente lo que el sistema educativo espera que seamos: un ente retenedor y distribuidor de datos. Y con ello aprendemos qué quiere el profesor, cómo es su dinámica, si es duro para calificar, si se puede fallar a clase tantas veces, si hace curva, si

different approaches to neoliberalism are identified (as a phase of capitalism, as a discourse and as governmentality. Por ello cavilo principalmente sobre el valor presente que se le quiere atribuir a toda actividad humana.

6 Aquí cabe hacer una aclaración semántica sobre el uso de *individuo* y *sujeto*. De aquí en adelante se usarán los dos términos indistintamente con miras a no ahondar demasiado en la subjetividad del individuo o el sujeto; con todo, ambos términos guardan distancias en tanto a su actuación y dinámica con la sociedad.

tiene monitor, si se puede usar al monitor para mejorar los resultados de los exámenes parciales. También, se aprende a optimizar la nota: buscamos todos los parciales de compañeros que ya vieron la materia, memorizamos las diapositivas, leemos los pies de página, hacemos trabajos largos, cortos, con muchas o pocas gráficas, hacemos muchas preguntas o tomamos una actitud carcelaria, llegamos tarde, llegamos temprano, y, en fin, un largo etcétera. Al final de la carrera, nos convertimos puntualmente en lo que el sistema quiere, unas personas que se vuelven diestros en la entrega de información (ya sea de la empresa o incluso propia), aprendemos a lidiar con plazos, con objetivos, con indicadores que antes eran notas, a dar una adecuada impresión y a manipular el sistema (Ardila, 2018). De esta manera, la universidad nos enseña, entre otras cosas, a ser uniformes, a aceptar que debemos ser evaluados y a que tendremos una rutina de producción diaria. Desde la universidad quedamos prensados en la lógica competitiva del mercado, siendo que este quiere que funcionemos, pensemos y actuemos en los límites establecidos por el sistema.

Así, hasta los contables críticos y *sentipensantes* quedan atrapados, son parte de esa lógica natural e ineludible de las relaciones sociales del capitalismo. Entramos a la crisis de los críticos (Bedoya, 2012). El estudiante y posterior trabajador cede dócilmente al sistema su libertad, no se da cuenta cuándo lo ha hecho y por ello no resulta aciago, pero para el crítico resulta trágico y cómico. En las sociedades capitalistas el discurso crítico es recibido, no será atacado ni reprimido directamente, este puede ser tan trasgresor como sea posible, siempre que se abrace el espectáculo y el consumo. De esta manera se puede tener eventos académicos, películas, documentales lo más contestatarios que se quiera, la crítica más ácida que se alcance, mientras el individuo funcione detrás de los límites del sistema: mientras sea así, se puede ser tan antisistema como guste.

En mis jornadas de trabajador muy poco cambia. La mirada de recelo sigue presente y la lupa se vuelve aún más aguda. El miedo al compañero que llega a un puesto Senior I, II o III se permea por una capa de vigilancia y egoísmo, tanto de los inferiores como de sus iguales. Con sus iguales, curiosamente, he visto que también se crea un manto de tolerancia. La tolerancia carga una capa de prepotencia y engrimiento, ya que hace una clara división entre el tolerante y el tolerado, entre el que permite ser y estar, y el que le es permitido ser y estar. Es un tipo de superioridad moral que dicta que la posición personal del tolerante es la adecuada, ya fuera por el tiempo que lleva siendo superior o parte de algo (de la firma, en este caso), y esto le permite padecer al tolerado hasta cierto punto.

Mis compañeros que subían a un lugar superior en la escala de mando eran tolerados en tanto son nuevos y preguntones. En algunos casos, vi que los nuevos creaban una resistencia temporal al cargo, algo como el no querer

estar en el lugar al que ahora pertenecen, pero al mismo tiempo se creaba una actitud de no querer volver a una posición inferior. Esto lo veo como la materialización del éxito que inculca el sistema: “entre más escales, más exitoso serás”, por ello no se permite devolverse en la línea de mando, ya que se considerará como una derrota o como un ente defectuoso que no merece el éxito. Como resultado, mis antiguos compañeros, ahora superiores, creaban un miedo a volver al origen modesto del que venían, pero también una renuencia hacia su lugar actual, algo como el no querer estar ni en el lugar donde han llegado ni en el lugar de donde provienen.

Por otro lado, nosotros, los inferiores, también creábamos un miedo a las nuevas reglas y al nuevo mandato. Por ejemplo, en auditoría, puede darse el caso donde las horas asignadas para una actividad parezcan pocas y algunos puedan cumplir y otros no con un objetivo asignado; por un lado, el nuevo superior podría decidir que se trata de una cuestión de eficiencia y resuelve culpar a los trabajadores por no cumplir con las horas asignadas a la actividad, o, por otro lado, el superior podría concluir que las horas están mal calculadas y se debe hacer un reajuste. El miedo se proyectaba en tener que jugar con las reglas del ganador, un temor del que controla y al mismo tiempo, un temor por lo cruda que se pudiera volver la competencia por cumplir con las horas objetivo. Todos estos actos al final terminan alejando, individualizando y materializando la premisa de que el miedo incrementa la productividad. Así, la máxima socialización del trabajo donde cualquier actividad está mediada por infinidad de relaciones sociales, y todos podemos trabajar, ser exitosos y crecer, se convierte en la mínima socialización del ser humano, haciéndonos creer que estamos solos.

El siguiente punto es una aproximación al desgaste físico y mental producido por el individualismo generado por el sistema capitalista que nos azuza a ir tras el venerado éxito.

III. El agotamiento en el trabajo

Como mi compañero expresó, si no se exigía y trabajaba de forma extenuante en ese momento ¿entonces cuándo? El hecho de que recibiera una palmada en la espalda por ello era símbolo de que no estaba obligado a trasnochar, no era una consigna disciplinar. Si no estaba dentro de sus deberes el tener que trasnochar esa y otras noches, entonces lo hacía, como él lo exclamó, porque podía. El poder hacer resulta más pujante que el deber hacer. Esto significa que el poder autoimpuesto termina siendo más productivo y eficiente que el deber impuesto; es una evolución del poder disciplinar de Foucault y del control de Deleuze (Chul-Han, 2014), aunque no necesariamente sea un reemplazo, siendo que el hombre del poder hacer sigue siendo disciplinado.

Podemos ver que durante el siglo pasado la sociedad era ordenada a partir de instituciones monolíticas que imponían lo que consideraban normal y anormal, lo que llevó a que se centrara el poder sobre los individuos en forma de represión, vigilancia y orden. El control de las masas era piramidal, por lo que este empezaba desde las grandes empresas, pasando por el gobierno y haciendo un constante trabajo de formación disciplinaria en espacios como la escuela, el trabajo y la familia. La forma de control era el castigo, de tal forma que el Estado multaba, prohibía o regulaba los comportamientos directamente. Con la liberalización y la apertura de los mercados esto quedó obsoleto, ya que no era compatible con el consumo desmedido y la brújula del crecimiento económico que la ideología pretendía (Curtis, 2002)⁷. Así, los trabajos psicoanalíticos de Sigmund Freud y Anna Freud fueron aplicados por Edward Bernays en pro de una experimentación de ingeniería social que buscaba que todo se llenara de premios e incentivos que permitieran controlar y ordenar a la sociedad a partir del consumo. Una de las conclusiones del documental *The Century of the self* de Adam Curtis, es que el estímulo se volvió parte clave de una competencia metahumana que intentaba mantener el orden con premios e incentivos. De esta manera, como lo mencionaba en el acápite anterior, una actividad termina con otra actividad y no con el sentido de haberla hecho; es decir, en este caso, el deseo, fruto del estímulo, termina con otro deseo, no con la satisfacción del primero.

Así, las características del tiempo presente (sea llamado posmodernidad, modernidad tardía, sociedad del riesgo, etc.) son la flexibilidad y cambio constante, la fragmentación del tiempo de vida, la desterritorialización del trabajo y de la vida, la pérdida de lazos sociales entre el individuo y la sociedad, la competencia y la constante evaluación (Papalini, 2006, 2015). Ulrich Beck et al. (2003) nos hablan de que la modernidad a través de la acción del Estado proveyó de rutinas que construyeron la subjetividad del individuo a partir de la repetición y, según Richard Sennet (2000), la ausencia de una brújula moral dada por las otrora instituciones guía (familia, Estado, sociedad), la ausencia de una pauta prefijada para la acción y la responsabilidad solitaria de riesgos genera una ansiedad de no saber qué caminos seguir. Claro, el sistema entrega la idea de que esa subjetividad, ausencias y responsabilidades son la autonomía que el individuo necesita.

Ahora bien, con las instituciones monolíticas y disciplinarias la categoría de 'ciudadano' tenía una carga de soberanía que reflejaba un constructo político de sujeción a leyes; el cambio que trajo la mundialización es que esta es

7 Esto tuvo impactos tanto en el sector privado como en la forma de administrar la esfera pública. En este último, tuvo tal importancia que el control férreo y disciplinar que hacía el Estado sobre la sociedad se quiso sustituir (y se está sustituyendo) por lógicas empresariales que resultan supuestamente más eficientes, como la Nueva Gestión Pública.

sustituida por la figura de 'consumidor', la cual establece otro espacio y una legalidad diferente: las leyes de oferta y demanda. Así, las cualidades políticas del ciudadano se trasladan a unas cualidades políticas del consumidor y "las acusaciones y la búsqueda de responsabilidades se trasladan de la esfera pública a la privada" (Papalini, 2006, p. 337). Sobre este particular, Pierre Rosanvallón indica las estrategias norteamericanas de inspiración social, que "denuncian a la sociedad como 'irresponsable', llamando a los individuos a hacerse cargo de sí mismos. En el mismo orden político, aunque sea diferente, también vemos producirse este retorno a la responsabilidad individual" (1995, p. 45).

Entonces, el sujeto debe enfrentarse a su nuevo destino solitariamente personal, sin mediaciones, sin Estado ni instancias intermedias, sin proyecto colectivo de sociedad. Como cúspide de este proceso de individualización, la sociedad se convence en decir que todo cuanto pasa es completamente culpa del individuo; si muere pobre, desconocido, analfabeta, solo, es mera culpa de este, nunca de un sistema que propende por la competencia caníbal. Con todo esto sobre el individuo y, como se abordó en el acápite anterior, con la incapacidad de decir no so pena de marginarse como un no merecedor del éxito, como un anormal que rechaza la poderosa nueva identidad -que incluye estímulos, productos y deseos-, la degradación y la pérdida de salud que genera se vuelven condiciones admirables (y hasta envidiables).

La degradación y sobreesfuerzo se acrecientan cuando el individuo requiere estar siempre alerta, preparado para los retos del nuevo mundo que siempre está cambiando, debe tener una actitud de acecho permanente que le permitirá adaptarse a ese cambio. Debe ser un animal laborans (Chul-Han, 2017b), ya que sólo los animales mantienen una actitud constante de acecho, que les permite alimentarse, vigilar las crías y evitar los depredadores: las bestias no piensan y sobreviven en un mundo donde la competencia implica la supervivencia del más apto (Papalini, 2006). Así, conservar, permanecer, esperar, consolidar, arraigar son palabras que no van con el éxito, tampoco la duda, la reflexión, el pensamiento, las cavilaciones y las deliberaciones; sólo el cambio, la adaptación a los nuevos tiempos, la rapidez, lo inmediato y el olvido son las recetas para el logro de cada uno.

En la academia el sobreesfuerzo y la búsqueda del éxito son un imperativo. Como mencioné, la academia es la preparación para el mundo competitivo y nos inculca la condición animal desde el aula. En el salón de clases nos sentamos esperando la pregunta rápida y, sobre todo, el incentivo, el bono. Particularmente el promedio académico nos mide de una manera contradictoria, ya que nos vuelve atentos de lo que de él suponemos merecer, pero deja por fuera su carácter fortuito; se supone un concepto meritocrático, que da a cada uno lo que se merece, pero el azar que hay detrás de este es visible. El tener un promedio alto permitirá escoger primero qué materias

ver -caso Universidad Nacional-, así como con qué profesores cursar, lo que llanamente significa poder escoger los profesores más flexibles y las materias más sencillas, siempre con el fin de consolidar un promedio alto en los primeros semestres e inamovible en los últimos. Se desconocen también las casualidades detrás de una nota: un profesor puede poner un 5.0 solamente por ser el primero en entregar un trabajo, por entregarlo en otro idioma, por conocer al profesor, por reír de todos sus chistes. Claro, no desconozco el trabajo fuerte de algunos estudiantes, pero la crítica va más hacia el mecanismo, siendo que con él nos entendemos académicamente en aras del éxito. Tener un promedio alto es una noción ubicua del éxito, pero este éxito académico es una categoría externa -construida por fuera de uno mismo- que no siempre implica esfuerzo, ni dedicación, ni un saber-hacer real. Se puede tener éxito por una transacción-financiera, académica- dudosa, por un golpe de suerte, por el mérito de alguien más.

Estamos en un mundo que alude a la acción inmediata y hacia delante, que debe evitar mirar al pasado. Por ello, sentarse a dudar, a reflexionar o contemplar en cualquier escenario resulta poco valorado, y la academia no es el caso contrario. Muchos habremos sentido liberación al entregar un último examen parcial, trabajo final o exposición final; en todos, la supresión del conocimiento es casi inmediata. La optimización del resultado, de la nota, llega a tal punto que no interesa si se aprendió o no, solo si el método aplicado fue el correcto. Incluso el sentarse a evaluar si un docente estuvo a la altura de las bajas expectativas no es menester. El consolidar un conocimiento, arraigarlo, va en contravía de las capacidades que exige la época. No tiene valor macear un libro, entenderlo, rumiarlo; es la muerte del espíritu crítico y curioso, y el momento para alejarse un poco y ver de otro modo para producir conocimiento, como diría el maestro Kronfly (2012), no es significativo. La voluntad fáustica de transformación de esta época se despliega sobre uno mismo en la única labor de adaptarse al cambio y ser exitoso, y no sobre el propio mundo.⁸

Todos estos malestares resultan en sobreesfuerzos y en problemas psíquicos, como la angustia y la incertidumbre, aunado a consumos compulsivos, vacíos existenciales y una competencia furiosa por la posesión del bien llamado empleo. El clima antagónico general, con el éxito y su endeble ética sin reglas a cuestas, promueve la flexibilización y, junto al individualismo, instan a un hedonismo egocéntrico. Por consiguiente, el estrés aumenta, nunca es suficiente cualquier esfuerzo pues alguien más podría desarrollar más habilidades que yo o las que ya tengo podrían quedar en desuso. En mis

8 Incluso etimológicamente, de entrada, la palabra éxito refiere al resultado, a la salida, y no al proceso para llegar al logro, no se trata de un proceso interior, sino que implica el reconocimiento de una actuación, y esto no deviene de uno mismo sino de una acción estimada por un colectivo (Papalini, 2006).

jornadas laborales en auditoría este era un fenómeno común: el tener que cumplir un mínimo de horas de trabajo no era una meta, era donde recién comenzaba la jornada; si alguien podía cumplir 1.200 horas al mes, otros perfectamente también podrían hacerlo, y el mínimo aumentaba. El auxiliar debía estar detrás del *senior* pidiendo papeles de trabajo extras para tener más horas cumplidas, para poder hacer más horas. El poder ser exitoso y tenerlo en nuestras manos nos insta a ir más allá, y el trabajo ya no termina con el silbatazo de salida (que supone ser el “horario de oficina”, de 8 a.m. a 5 p.m.), sino que se lleva a casa. En el caso colombiano esto es notorio gracias a la mal llamada flexibilización laboral, en la que unas víctimas conocidas son los Freelancer, quienes llevan la contabilidad de varias empresas a la vez. Llega a tal visceralidad el diligente poder hacer del éxito -sin dejar de lado el deber- que se abandona al ser querido en pro del bienestar de este, como fue el caso de una madre que llamaba a su casa a las 8:30 p.m. todos los días para poder orar y dejar acostados a sus hijos desde la misma oficina.

Incluso cuando es momento del descanso, este debe estar en la lógica productiva. Un día que se pase viendo televisión, series, películas, o durmiendo, se ve como un mal descanso. El descanso moderno debe estar rodeado de fotografías, debe ser en una playa, en un auto o en cualquier escena que parezca publicitaria. Como experiencia personal, en una firma de contadores pedían que fuéramos los sábados a trabajar ‘medio’ tiempo (nunca era ‘medio’) con el pretexto de que allá nos darían todas las condiciones para tener un ‘trabajo descansado’ (tinto, almuerzo, televisión, etc.). Ciertamente, el sábado que decidías no trabajar eras catalogado como alguien que no era productivo, aún con todas las condiciones para ‘descansar’. En consecuencia, entramos en una batalla irreconciliable: un yo que quiere descansar, razonar, pensar, leer un libro y sacar un ensayo decente, contra el yo inmediato que prefiere ir a vídeos de YouTube que resuman el libro, a blogs de opinión y demás que me permitan sacar el ensayo más rápidamente, lo que se expresará en reconocimiento y éxito inmediato. Y esta dinámica antagónica agota.

Para concluir este acápite, me gustaría referirme de nuevo a la salvedad que hice al principio. Muchas de estas actividades el lector las puede tomar con naturalidad y decir que lo hace porque lo necesita, porque tiene y debe hacerlo, pero ahí está el quid de este asunto: la sobreexplotación autoimpuesta no rivaliza con el deber, ya que la sociedad sigue siendo disciplinada, se trata de una cuestión voluntaria. De esta manera, ¿contra quién rebelarse y explotar en indignación cuando la víctima y el verdugo, explotador y explotado, son la misma persona? (Chul-Han, 2017b).

IV. La soledad del contador público

En las largas jornadas que me han permitido reflexionar estas líneas aún me queda una duda, la más importante: la distinción entre la soledad y el individualismo. En los trazos anteriores me he acercado a la cuestión del individualismo; el sistema creó al sujeto que necesitaba que fuéramos, uno lleno de estereotipia alejado de los demás que vive una vida proyectada a lo inmediato con una creencia falsa de que se es libre y autónomo. Así, la soledad está en la propia construcción de la sociedad a partir del individualismo y el miedo.

Harvey (2014) plantea 17 contradicciones del capitalismo de las cuales, la número nueve me parece más relevante para este ensayo, las divisiones del trabajo. Nos dice que este modo de producción⁹ extendió la cooperación social hasta límites insospechados, en los que todos los trabajos confluyen en la producción social de la riqueza y el conocimiento. Un individuo aislado poco producirá, pero cuando muchos individuos cooperan, el esfuerzo individual se potencia y se produce más. La contradicción está en que esa fuerza social la convierte en un bien privado, porque, como lo vimos, convierte al ser humano en víctima de su rendimiento y producción. Entonces, lo social, que lo normal sería materializarlo como un deseo de cooperación y comunidad, es reemplazado por el individualismo y el consumismo. De esta manera, lo que hemos intentado esbozar en este trabajo nos permite una aproximación comprensiva de cómo esta construcción social basada en la colaboración sirve también al aislamiento vigilado, y, sobre todo, controlado. La autoexplotación del individuo va en pro de hacerlo creer que, pese a estar en un flujo constante de cooperación, está solo.

En esta enmarañada red de términos donde no se sabe si el individualismo antecede al miedo o el miedo precede al individualismo, si el agotamiento es fruto de los temores o de las contradicciones de su existencia, sólo queda clara la subjetividad que construimos con el otro. El sujeto que es explotador de sí mismo no es capaz de establecer con las otras relaciones que sean libres de cualquier finalidad. Toda relación se traspasa al juego competitivo de la economía; muy pocas relaciones entre humanos no son definibles ya como *business* –cuyo significado alude a estar siempre ocupado, a no estar disponible (Berardi, 2003). Ya no es concebible una relación motivada por el puro placer de conocerse. Para el contador público esto genera gran impacto. La contabilidad, al ser parte de la racionalidad instrumental del capitalismo (Gómez, 2006), es la constante replicadora de toda esta lógica. Su apariencia objetiva permite intervenir en las acciones de otros, controlarlos,

9 Harvey también plantea el debate de qué *cosa* es el capitalismo ¿un modo de producción, un sistema de producción, un qué?

transformarlos y dirigirlos hacia fines específicos. Con esa objetividad se decide quién queda sin empleo, quién tiene precariedad económica, si alguien fue eficiente, si las horas de un papel de trabajo son adecuadas, si el indicador que mide el rendimiento es adecuado con el esfuerzo. Y el miedo y el agotamiento contribuyen al esparcimiento de la lógica que obliga a competir, a estar atento al número; la construcción de imágenes y representaciones que crea la contabilidad (Larrinaga y Carrasco, 1996) terminan dando peso y legitimando la autoexplotación.

La soledad hasta este punto se materializa en el real aislamiento. Una soledad con miras a tener una libertad absoluta, que permita tener una vida de desarrollo laboral, académico, personal, y hasta consumista, en no depender de nadie. Es volver a lo que decía David Harvey, rechazar, inconscientemente, la idea de que estamos atravesados por un sistema de colaboración y ello nos vuelve solitarios y no dependientes de nada. Toda esta visión tan reduccionista de cómo la libertad estriba en no tener la más mínima dependencia ya ha sido demostrada en lo que se podría ver como un macro experimento de ingeniería social que se ha llevado a cabo en Suecia, donde el Estado le aseguró una independencia económica a cada persona para que así no tuviera que tener relaciones económicamente dependientes con nadie: como resultado, el 50% de los suecos viven solos, un 25% mueren solos y otros tantos de suicidio, la constante es que nadie reclama sus cuerpos (Gandini, 2015).

La soledad del contador público –que en ningún momento afirmo que tenga o no conciencia de esto– y de la disciplina, radica en la responsabilidad que carga por la propagación y legitimidad de lo descrito, siendo con todo, víctima de esta lógica. Dentro de todas mis preocupaciones, esta me resulta muy agobiante, porque no sólo somos víctimas y verdugos de nosotros mismos, sino que ayudamos a que otros sean víctimas y verdugos de sí mismos, ayudamos a contagiar el miedo, el individualismo y el cansancio. Seguramente esta no sea la única profesión que coadyuve a esto, pero personalmente, me genera un cansancio existencial, casi depresivo.

V. A modo de conclusión, una invitación

Alguien muy apreciado me dijo que la depresión no era para gente como nosotros. No entendí bien si se refería a nosotros como gente que veníamos desde abajo, o que estudiamos este tipo de carreras, o que nos queremos dedicar a la academia; como fuera, gente como nosotros no podemos tener ese tipo de enfermedad, no hay cabida para ella en nuestras vidas. No era una sentencia del tipo “sólo los fracasados se deprimen”, me pareció más una exhortación. Creo que sí podemos tenerla, pero no padecerla. Esto puede sonar un tanto presuntuoso, pero tal vez en nosotros entramos los que nos consideramos senti-pensantes, emocionalmente atentos, socialmente

responsables, y nosotros no podemos permanecer dócilmente en esa oscuridad llamada sistema, no podemos dejar que nos rodee y abrace mansamente. Cuando alguien se da cuenta de lo que nos asedia, cuando hace un análisis detallado de la realidad, cuando no traga entero, no está iluminando la oscuridad, no está mostrando un camino ni una solución al problema, solamente se vuelve visible, se vuelve una guía, un faro para el encuentro, para la unión, para la asociación. Y, con ello, nacen nuevas responsabilidades morales y éticas, del tipo que sean: de lo que se dice, se hace, se replica, se comparte, se enseña, se pelea, se padece. No podemos padecer la depresión porque algunos de nosotros se convertirán en el norte que guiará las nuevas generaciones en la resistencia. La invitación está en no permanecer mansamente en esa buena noche, hay que entrar con rebeldía, entrar ardiendo, entrar brillando, pero sobre todo entrar acompañados.

Sólo acompañados encontraremos la verdadera libertad, no la libertad que nos impusieron y que aquí intenté describir. La impuesta es algo así como un laberinto de ratones, donde el único objetivo es llegar a otro queso, una y otra vez, en el menor tiempo posible. Vencer es el imperativo categórico de todo gesto, de todo pensamiento, de todo sentimiento, y, sin embargo, como dijo William Burroughs, el ganador no gana nada. Es una libertad que nos parece el horizonte adecuado de actuación y nos llena de miedos y agotamientos físicos y existenciales cuando lo vemos debilitado. El aislamiento al que nos conduce el régimen neoliberal no nos hace realmente libres, la libertad nos la damos cuando hay una coexistencia satisfactoria con el otro, ya que dentro de la comunidad con otros, todo individuo tiene los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la comunidad es posible, por tanto, la libertad personal (Marx y Engels, 1958). Entonces, dejo en pie la invitación a ser libres mutuamente a partir de la unión, la asociación y el compañerismo.

VI. Referencias bibliográficas

- Ardila, S. (2018). La burocracia como problema: bases ideológicas del ataque a la burocracia estatal desde la Nueva Gestión Pública. Universidad Nacional de Colombia.
- Arendt, H. (2005). La condición humana. Paidós.
- Beck, U., y Beck-Gernsheim, E. (2003). La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas (B. Moreno, Ed.). Paidós.
- Bedoya, M. (2012). Los contables como críticos: una exhortación tragicómica a los sentipensantes. *Contaduría Universidad de Antioquia*, (61), 247–267.
- Berardi, F. (2003). La fábrica de la infelicidad: Nuevas formas de trabajo y movimiento global. En P. Amigot & M. Aguilar (Eds.), *Traficantes de sueños*. Madrid.
- Bude, H. (2014). La sociedad del miedo (A. Ciria, Ed.). Herder Editorial.
- Camus, A. (2007). *El Extranjero*. Emecé.

- Chiapello, E. (2017). Critical accounting research and neoliberalism. *Critical Perspectives on Accounting*, 43, 47–64. <https://doi.org/10.1016/j.CPA.2016.09.002>
- Chul-Han, B. (2014). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder Editorial.
- Chul-Han, B. (2017a). *La expulsión de lo distinto*. Herder Editorial.
- Chul-Han, B. (2017b). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial.
- Cruz, F. (2012). Producir conocimiento es mirar de otro modo. En C. Barrios & W. Rojas (Eds.), *Conjunciones y disertaciones: pensando la contabilidad en el siglo XXI* (pp. 13–19). Cali.
- Curtis, A. (2002). *The Century of the Self*. BBC TV.
- Gandini, E. (2015). *La teoría sueca del amor*. Suecia: Lab 80 Film.
- Gómez, M. (2006). Una reflexión sobre la contabilidad como racionalidad instrumental en el capitalismo. *Contaduría Universidad de Antioquia*, (49), 87–94.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* (Trad. Juan). IAEN Quito.
- Heidegger, M. (2007). *Los conceptos fundamentales de la metafísica: mundo, finitud, soledad*. Alianza.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Katz Editores.
- Jaramillo, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá D.C.: Argumentos.
- Larrinaga, C., & Carrasco, F. (1996). El poder constitutivo de la contabilidad: consideraciones sobre la cuestión medioambiental. En *Ensayos sobre contabilidad y economía: en homenaje al profesor Ángel Sáez Torrecilla* (pp. 65–84). Instituto de Contabilidad y Auditoría de Cuentas.
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado: ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Marx, K., & Engels, F. (1958). *La ideología alemana*. Montevideo, Pueblos Unidos.
- Papalini, V. (2006). Literatura de autoayuda: una subjetividad del Sí-Mismo enajenado. *La Trama de La Comunicación*, 11, 331–342.
- Papalini, V. (2015). *Garantías de felicidad*. En Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Quintero, A. (2017). *Posmodernidad y Capital: Disertaciones sobre la Subjetividad y el Sujeto*. Adversia, (18), 17.
- Rosanvallón, P. (1995). *La nueva cuestión social: repensar el Estado providencia*. Ediciones Manantial.
- Sartre, J. P. (2003). *La Náusea* (A. Bernárdez, Ed.). Ciudad de México: Época.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Villegas, S. (2017). Soliloquio Contable: Menester del Compromiso con la Academia Colombiana. *Adversia*, 18, 1–22.